

seguridades, según los verdaderos principios de la Constitución, recomendabais á los habitantes que rescindiesen sus acuerdos, para DECLARAR POR SUS PROPIAS BOCAS que eran el pueblo mas despreciable del mundo, indigno del aprecio de las demás naciones, que ya no podrian dispensarle su confianza ni dar crédito alguno á sus *mas solemnes declaraciones*? ¿Cómo podiais esperar que nos sometiésemos á un gobierno abandonado á la corrupcion, perdido á todo sentimiento de justicia, y al que ya no falta apenas nada para ser absolutamente despótico? A un gobierno que siempre ha mirado con celosa envidia nuestra elevacion y que se muestra ansioso por reprimir nuestro natural progreso? ¿No

os repugnaba invitar á hombres arruinados por vuestro bondadoso amo, á que desistiesen de su honrosa independencia para besar su mano continuamente teñida en la sangre de un amigo, de un hermano ó de un padre?

Que VV. EE. reflexionen seriamente sobre la injusta causa que defienden, y que el nombre de Howe pueda figurar dignamente al lado de los Malborough y Effingham, son los deseos de

UN CAROLINO.
(EL JUEZ DRAYTON)

Charleston, octubre, 22, 1776.

CAPÍTULO II.

1776—1777.

PROGRESO DE LA GUERRA.

Comité de relaciones extranjeras.—Carta de Franklin á Dumas—Deane en París.—Comisionados en Francia y en otros países.—Progreso de las negociaciones.—Situacion del Congreso.—Carta de Washington al Presidente del Congreso.—Accion del Parlamento.—Planes de Washington para resarcirse de las pérdidas de Nueva-Jersey.—Sorpresa y captura de las tropas de Hesse en Trenton.—Consecuencias de este suceso.—Movimiento de Cornwallis.—Retirada de Washington y ataque de Princeton.—Muerte del general Mercer.—Proclama de Washington.—Elogio de Botta.—Escesos de la guerra.—Su efecto en el pueblo.—Escesos por parte de los americanos.—Padecimientos de los prisioneros en Nueva-York.—Inoculacion del ejército.—Tentativa de Heath sobre Nueva-York.—Ataque de los ingleses á Peekskill y Dambury.—Muerte del general Wooster.—Victoria de los americanos en Sag Harbor.—Inaccion de Howe.—Disposiciones de Washington para encontrarle.—Washington avanza hácia Middlebrook.—Howe intenta sorprenderle.—Los ingleses evacuan á Nueva-Jersey.—Grandes preparativos en Nueva-York para una espedicion marítima.—Primera entrevista de Washington con Lafayette.—Captura del general Prescott—La flota británica penetra en Chesapeake.—Washington resuelve defender á Philadelphia.—Batalla de Brandywine.—Sorpresa de Wayne.—Se confieren nuevos poderes á Washington.—Actividad de Hamilton.—Se abandona á Philadelphia.—Batalla de Germantown.—Obstruccion del Delaware.—Esfuerzos de los ingleses para facilitar la navegacion.—Se rehusa la proposicion de Howe para dar la batalla.—Estado de los ejércitos.—Aproximacion del invierno—Apéndice al Capítulo II.—Carta del general Robertson y contestacion del gobernador Livingston.—Juan Jay y el Gran Jurado.

No se ocultaba á la sagacidad de los hombres que ejercian una preponderante influencia en el Congreso, que la Declaracion de la independencia exigiria necesariamente un llamamiento á las naciones de Europa para impetrar su auxilio. En su consecuencia á fines de 1775 se formó un Comité compuesto de Mr. Harrison, Dr. Franklin, Mr. Johnson, Mr. Dickinson y Mr. Jay con el único objeto de que se pusieran en secreta correspondencia con los amigos de América que se hallaran en la Gran Bretaña, en Irlanda y otros países del mundo. El fin principal que se proponia el Comité era sondear indirectamente algunas de las principales potencias de Europa, principalmente Francia y España, para averiguar en qué disposicion se hallaban respecto á los asuntos de América. Poco despues el Dr. Franklin escribió á un caballero de Holanda, llamado Dumas, para saber si los americanos podrian esperar por aquella parte algun auxilio en la lucha comenzada con la madre patria. Franklin decia entre otras cosas lo siguiente: «A fin de que os sea posible contestar á ciertas preguntas que probablemente os dirigirán respecto á nuestra actual situacion, debo deciros que todo el continente está perfectamente unido, siendo aquí muy poco numeroso el partido ministerial; que teniamos en pié de guerra en la última campaña un ejército de cerca de veinte mil hom-

bres, con los cuales no solo pudimos bloquear el ejército del rey en Boston, sino enviar también considerables refuerzos para invadir el Canadá donde obtuvimos el mejor éxito, según podéis ver por los diarios que adjuntos incluyo. Tenemos fundados motivos para creer que dentro de poco toda la provincia estará en nuestro poder, pues pensamos aumentar nuestras fuerzas en el año próximo, y de esperar es que con la ayuda de una bien disciplinada milicia nos será posible defender nuestras costas, á pesar de su gran extensión, tanto más cuanto que tenemos formada una pequeña escuadrilla de buques de guerra que además de proteger el comercio, han conseguido ya capturar varios cruceros y transportes del enemigo.»

Reconociéndose que Francia favorecería cuantas medidas tuvieran por objeto disminuir la superioridad de Inglaterra, en mayo de 1776, se envió á Mr. Silas Deane á París en clase de agente comercial y político. Deane llevaba el encargo de manifestar que América necesitaba armas y vestuario para veinte y cinco mil hombres, así como también municiones y artillería; y al mismo tiempo se le recomendó tratase de inquirir si el ministro francés apoyaría una alianza en el caso de que las colonias consiguiesen mantener su independencia.

Deane llegó á París á principios de julio y se consagró con el mayor celo á llevar á cabo su misión. Habiendo sido presentado al ministro francés conde de Vergennes, manifestóle su objeto, y fué favorablemente recibido en la corte. Vergennes dijo á Mr. Deane que era bien conocida la importancia del comercio americano, que ningún país como Francia podría surtir tan bien á las colonias, recibiendo en cambio los productos de

aquellas, que por lo tanto redundaría en favor de ambos países un continuo comercio, y en fin, que por esta razón se habían espedido ya las oportunas órdenes á fin de que todos los puertos estuviesen abiertos igualmente para América y la Gran Bretaña. Vergennes añadió que, atendida la buena inteligencia entre los Gabinetes de Versalles y Londres no se podría autorizar públicamente el embarque de efectos de guerra, pero que no se pondrían impedimentos para efectuarlo, toda vez que en las Aduanas no estaban aun en el secreto de este asunto. El ministro aseguró que los americanos podían considerarse enteramente libres para comerciar con el reino de Francia así como lo hacían las demás naciones del mundo; que él les dispensaría su protección en cualquiera dificultad que ocurriese, así en política como en otro asunto, y que se podría contar con él cuando hubiese que arreglar alguna cuestión. Respecto á la independencia de las colonias, Vergennes no quiso decir nada, por considerar aquel suceso demasiado lejano é incierto para resolver sobre este punto.

En junio de 1776, inmediatamente después de haberse resuelto la cuestión de la independencia, el Congreso dispuso se formase un Comité compuesto de Mr. Dickinson, el Dr. Franklin, Juan Adams, Mr. Harrison y Roberto Morris para organizar un plan de tratados con las potencias extranjeras. El día 10 de julio presentó dicho Comité uno que después de modificado y corregido, se aprobó al fin en 17 de setiembre, y acto continuo el Congreso nombró comisionados á Franklin, Deane y Jefferson para que marchasen á Francia. Como quiera que á éste último no le fuese posible salir de América, se nombró en su lugar á Mr. Arturo Lee, que se hallaba entonces en Londres, y se dieron instrucciones especia-

les á los comisionados para el desempeño de su cometido.

«Es muy probable, decía el Congreso á sus agentes, que Francia haga lo posible para evitar que América sea vencida en la presente lucha, pero como la dificultad de obtener informes exactos acerca de nuestra verdadera situación puede dar lugar á que se crea que podemos sostener la guerra por algún tiempo sin auxilio alguno, convendría obtengais una inmediata y esplicita declaración de Francia en nuestro favor, alegando que una nueva unión con la Gran Bretaña podría ser la consecuencia de su retraso. Si España no se inclinase en favor de nuestra causa por temor de que peligrasen sus dominios en la América del Sur, quedais autorizados para dar toda clase de seguridades de que los Estados-Unidos no perjudicarán á ese reino en la tranquila posesión de sus territorios.

»Además de esto, solicitaréis del gobierno de Francia una pronta remesa de veinte ó treinta mil mosquetes y bayonetas, así como también una buena cantidad de municiones y piezas de artillería, que deberán enviarse por un convoy. Los Estados-Unidos se comprometen al pago de todos esos efectos y á indemnizar á Francia los gastos del porte y conducción.

»Convendrá obtener lo más pronto posible el público reconocimiento de la independencia de estos Estados por el Gabinete francés.»

Los comisionados recibieron en el mes de octubre instrucciones para adquirir en dicha nación, por cuenta de los Estados-Unidos, ocho buques de guerra que deberían enviarse lo más pronto posible. En diciembre llegaron á París el Dr. Franklin y Mister Lee, quienes se pusieron en comunicación con el ministro francés, el cual les

indicó que como la cuestión de la independencia era aun muy dudosa, Francia no estaba dispuesta á reconocerla por entonces, ni á favorecer abiertamente la causa de los americanos. Era evidente que había grande empeño en apoyar á estos, pero no lo era menos que se quería proceder con la mayor prudencia y cautela, y que Francia deseaba obtener ventajas proporcionadas á los servicios que prestara.

Como quiera que la campaña de 1776 fuese desfavorable para las armas americanas, el Congreso resolvió al terminar dicho año poner en juego todos los medios posibles para obtener el auxilio del extranjero y en su consecuencia nombró un Comité con este propósito. El proyecto que presentó aquel dió lugar á muchos debates, y algunos de los miembros se mostraron dispuestos á hacer grandes sacrificios para conseguir el apoyo de Francia, aunque para ello fuera necesario ofrecer á dicha nación el mismo monopolio en el comercio que ejercía antes la Gran Bretaña.

En 30 de diciembre el Congreso acordó enviar comisionados á las Cortes de Viena, España y Prusia, así como también al Gran Duque de Toscana. A estos comisionados se les encargaba en sus instrucciones, asegurasen que América estaba resuelta á mantener su independencia á despecho de las insidiosas sugerencias de la Gran Bretaña, y asimismo se les recomendó emplearan cuantos medios estuviesen á su alcance para obtener el auxilio del emperador de Alemania y de los reyes de Francia, España y Prusia, haciendo lo posible para inducir á estas naciones á que no permitieran el envío de tropas extranjeras á América con fines hostiles para la causa de la independencia.

A fin de inducir á Francia á que toma-

se parte en la guerra, los enviados americanos recibieron una autorización para estipular que todo comercio entre los Estados-Unidos y las islas del Oeste de la India se haría en buques franceses ó americanos; y asimismo se les encargó asegurasen al rey de Francia, que si por sus comunes esfuerzos, se conseguía que los ingleses no tuvieran intervencion ni parte en las pesquerías de América, para lo cual era preciso apoderarse de las islas de Terranova, Cabo Breton y Nova-Scotia, el producto de aquellas se dividiría igualmente entre ambos países sin que tuvieran participacion alguna las demás naciones. Además de esto, la mitad de Terranova pertenecería á Francia, y la otra mitad con Cabo Breton y Nova-Scotia á los Estados-Unidos. En el caso de que estas proposiciones no fuesen suficientes para inducir á Francia á tomar parte en la guerra, y si los comisionados llegaban á convencerse de que la franca cooperacion de aquella potencia no podia obtenerse de otro modo, autorizábaseles para asegurar á S. M. Cristianísima que todas las islas de la India que se tomasen durante el curso de la guerra se le cederian en absoluta propiedad, comprometiéndose los Estados-Unidos á facilitar los auxilios necesarios en lo tocante á buques de guerra y víveres. A los comisionados de España se les encargó que se hiciesen proposiciones semejantes. Guillermo Lee fué designado para ir á Viena y Berlin; Ralfó Izard marchó para avistarse con el duque de Toscana, y el Dr. Franklin se dirigió á España, donde fué luego reemplazado por Arturo Lee.

La corte de Francia no quería separarse de la línea de conducta adoptada, y esperaba que los sucesos demostrasen evidentemente que los americanos estaban resuel-

tos á mantener su independencia. Aquella nacion no quería prestar su apoyo sino de una manera embozada hasta estar de todo punto convencida de la imposibilidad de una reconciliacion; pero se permitió secretamente á los comisionados americanos que fletasen varios buques de los puertos de Francia para perseguir á los ingleses, y hasta se llevaron á dicha nacion y se vendieron algunas presas cogidas al enemigo. Lord Stormont, ministro inglés, se quejó de la política observada por el Gabinete francés, pero su reclamacion no dió mas resultado que algunas contestaciones diplomáticas asegurándose que no volvería á suceder semejante cosa, contestaciones que se apreciaban en lo que valian, y que ninguno ignoraba que eran completamente inútiles. Las negociaciones siguieron su curso lentamente, como es fácil comprender, y entre tanto los comisionados se ocuparon con el mayor celo en acallar los falsos rumores diestramente circulados por los comisarios ingleses respecto á la situacion de los asuntos de América.

Dejaremos de hablar aquí de las relaciones extranjeras con los Estados-Unidos, para reanudar nuestra interrumpida narracion (*).

Yá se recordará que el Congreso juzgó prudente retirarse á Baltimore cuando se supo que se aproximaba el ejército británico y que Philadelphia caería inmediatamente en su poder. Aquellos pocos patriotas no obstante mostraron la mayor firmeza en medio de las rudas pruebas por que tuvieron que pasar, y su energía no les abandonó, ni tampoco se humillaron ni abatieron. Muy lejos de esto, resolvieron tomar las mas activas medidas en pro de la gran causa de la libertad, y acaso ningun hombre del país

(*) En la obra de Pitkin, vol. I, págs. 384-95 se habla mas detalladamente sobre este punto.

hubiera intentado el paso que ellos dieron, á no ser el mismo Washington.

No se le ocultaba al comandante en jefe que las amargas lecciones de la esperiencia habian hecho comprender suficientemente al Congreso que era preciso organizar de una manera estable el servicio militar si se quería salvar la causa de América. En esta persuasion, dirigió el 20 de diciembre una memorable carta al presidente del Congreso, en la cual con notable firmeza y energía le manifestó claramente sus opiniones: «Mis sentimientos como militar y como hombre me han obligado á decir que ninguno tuvo nunca que luchar con tantos contratiempos como yo, é inútil es añadir que el sistema de alistamientos y la mal entendida organizacion de la milicia han sido el origen de todas nuestras desgracias y de la sensible acumulacion de la deuda. Estamos viendo que el enemigo aumenta diariamente sus fuerzas con los descontentos, y esas fuerzas, cual otra bola de nieve que al rodar recoge nuevas partículas, irá acrecentándose á menos que se adopten enérgicas medidas para contener el progreso de las armas del enemigo. La milicia podría servir por el pronto, pero dentro de muy poco tiempo no debemos ya contar con ella porque se irá para no volver. Ejemplo de esto tenemos en Nueva-Jersey, en Pennsylvania. ¿Qué salvó á Philadelphia sino el rio Delaware? ¿Puede haber nada mas perjudicial que el sistema de dar diez duros de premio á los individuos de la milicia que se enganchan para servir seis semanas, que vienen sin que sepais cómo, que se van sin que sepais cuándo, que consumen vuestras provisiones, dejan exhaustos vuestros almacenes, y se marchan luego en el momento mas crítico? Esos son los hombres que tengo á mis órdenes desde diez dias á esta parte; esa es la base de que depende

vuestra causa hasta que tengais un ejército permanente bastante numeroso para oponerse al enemigo.» Washington añadía á esto que en su concepto no eran suficientes para continuar la guerra los ochenta y ocho batallones que se habia dispuesto organizar, y despues de insistir en que era preciso aumentar el número, terminaba su carta con estas palabras: «Podrá creerse que me salgo de la línea que me imponen mis deberes y que adopto y aconsejo medidas con harta ligereza, pero mi carácter, mi situacion y el haber consagrado mi vida á la causa de la libertad, creo que es suficiente escusa para que se me dispense.»

Hondamente impresionado el Congreso ante aquellas importantes observaciones y hallándose lejos del teatro de la guerra, resolvió salir prontamente de apuros confiando ilimitados poderes á Washington y nombrándole de hecho DICTADOR militar. Despues de haber declarado el Congreso que el injusto, pero determinado propósito que mostraba la Gran Bretaña, de esclavizar los Estados libres, habia puesto los asuntos en tal situacion que la existencia de la libertad civil dependia ya solo del oportuno ejercicio de los poderes militares, dictó el siguiente acuerdo: «El general Washington quedará desde ahora revestido de amplios poderes para organizar y reunir, de la manera mas espedita, en los Estados-Unidos, diez y seis batallones de infantería además de los que se votaron ya por el Congreso. Tambien podrá nombrar los oficiales que juzgue necesarios, equipar tres mil hombres para caballería ligera, tres regimientos de artillería y un cuerpo de ingenieros, señalando á todos la paga que en su concepto fuere de dar. Asimismo se le autoriza para que recurra á cualquiera de los Estados á fin de que se le provea